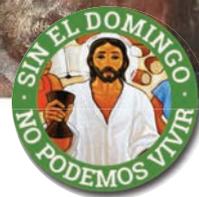


7 JUNIO 2020 - CICLO A



Domingo de la Santísima Trinidad

CAMINO DE ESCUCHA Y ORACIÓN CON LA PALABRA DE DIOS

COMISIÓN DIOCESANA PARA LA APLICACIÓN DE LA ASAMBLEA SOBRE EL DOMINGO
DÍOCESIS DE SALAMANCA



Para realizar esta Lectio divina te sugerimos lo siguiente:

- 1. Busca un espacio de silencio.** Corta con lo que estás haciendo. Acalla tu corazón; “entra en lo escondido”, donde nos ve el Padre.
- 2. Busca un Rostro de Jesús** (estampa, icono, imagen). Ponte delante de él. Enciende una vela. Déjate mirar... Silencio.
- 3. Inicia esta Lectio divina con el saludo:** *“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”.*
- 4. Únete a toda la Iglesia que ora al Padre;** nunca estamos solos en la oración, donde está el Señor están los hermanos.
- 5. Ten en cuenta la humanidad entera,** con sus gozos y esperanzas; tristezas y angustias... Estás orando en el corazón del mundo.
- 6. Si haces esta oración en familia, en grupo, en comunidad...,** podéis al final **compartir,** con mucha sencillez, con pocas palabras, **lo que el Espíritu Santo ha orado en vosotros.**
- 7. Sigue,** de manera pausada, el esquema sugerido y que comienza por la **Invocación al Espíritu Santo.** Déjate llevar por él. Hazlo sin prisas.

Secuencia de Pentecostés

Ven Espíritu Divino,
manda tu luz desde el cielo,
Padre amoroso del pobre;
don en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre
si Tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus Siete Donos
según la fe de tus siervos.
Por tu bondad y tu gracia
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. *Amén*

¡Ven, Espíritu Santo!

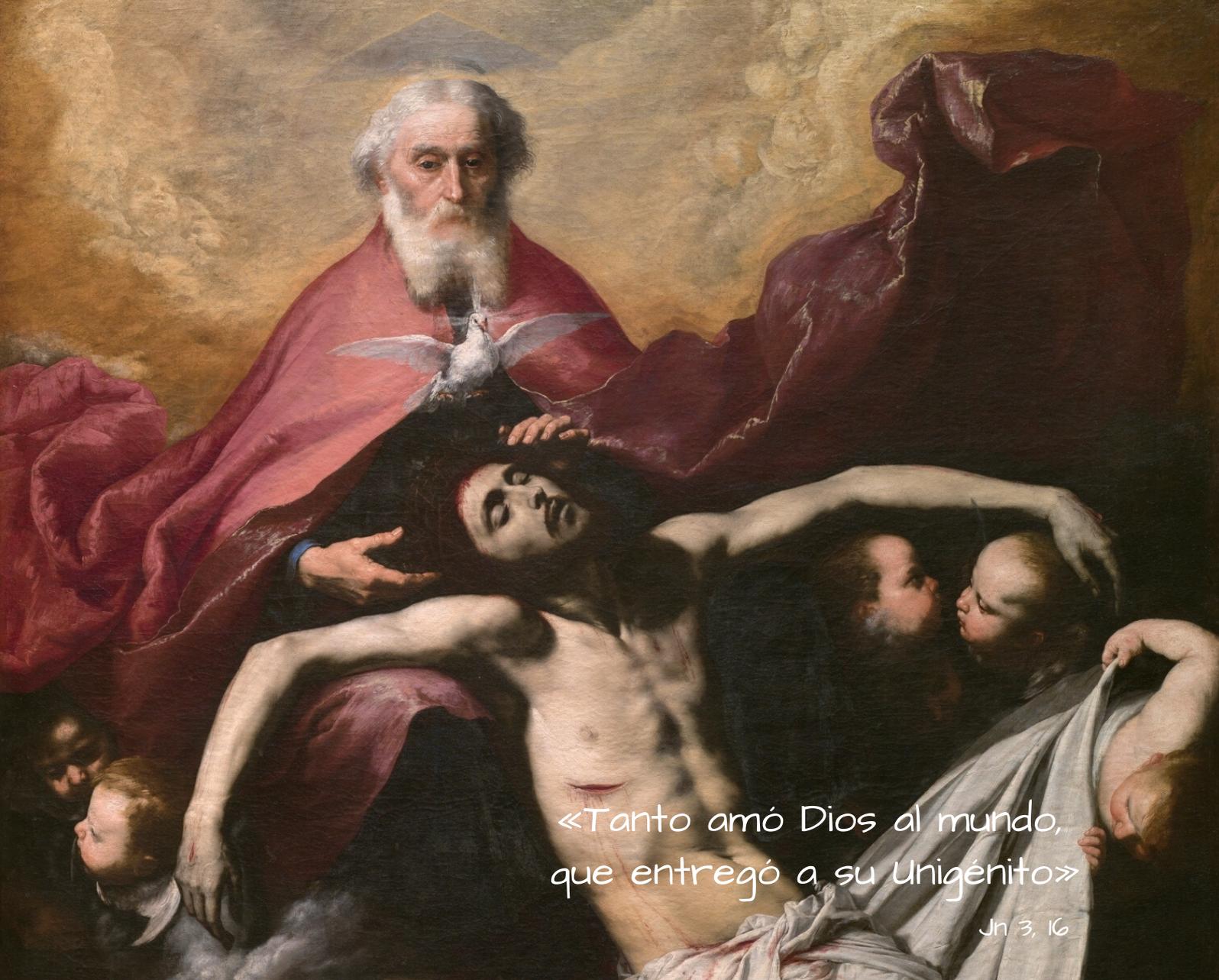
“El Espíritu Santo llena el corazón de Cristo resucitado y desde allí se derrama en tu vida como un manantial. Y cuando lo recibes, el Espíritu Santo te hace entrar cada vez más en el corazón de Cristo para que te llene siempre más de su amor, de su luz y de su fuerza”.

(Papa Francisco, *Christus Vivit*, 130)



Podemos prolongar la Invocación con la secuencia cantada:
"Todo lo haces nuevo, Jesús"

<https://youtu.be/yJTmiht-URU>



«Tanto amó Dios al mundo,
que entregó a su Unigénito»

Jn 3, 16

1. LECTURA DE LA PALABRA DE DIOS

Evangelio de San Juan 3, 16-18

Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios.



Breve comentario

Estas palabras de Jesús en el evangelio de hoy están pronunciadas en el diálogo que tiene con Nicodemo (Jn 3,1-21), que le visita de noche. Discuten sobre la posibilidad de nacer de nuevo y Jesús, *“maestro que viene de Dios”* (Jn 3,2), le dice que tal renacer solo puede provenir *“de lo alto”* (Jn 3,3), mediante la obra del Espíritu Santo (Cf. Jn 3,5-8), que vendrá cuando el Hijo *“sea levantado”* (Jn 3,14) para que todos tengan una vida nueva. Y es en esa larga respuesta, cuando pronuncia Jesús las palabras que hemos escuchado hoy: *“porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna”*. Son frases para grabar para siempre en nuestro corazón. Son como **“el corazón del Evangelio”**.

Con este **“primer anuncio”**, podemos llamarlo así, en los labios de Jesús, el evangelista San Juan refleja una de sus ideas fundamentales. Vamos a escucharla en una de sus cartas: *“Dios nos ha manifestado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único para que vivamos por él. El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados...”* (1 Jn 4,9-10). Jesús, con su vida gastada libremente y por amor hasta la muerte en la cruz, con su paso entre nosotros haciendo el bien por el poder del Espíritu Santo, nos ha revelado que *“Dios es amor”* (1 Jn 4,8.16). Y se nos pide algo que es muy importante: que *“creemos en el amor”* (1 Jn 4,16) manifestado en su Hijo Jesús. Al primer anuncio sigue el creer y la conversión que engendra la fe.

Un amor de Dios del que nadie nos podrá separar: el don de su Hijo único

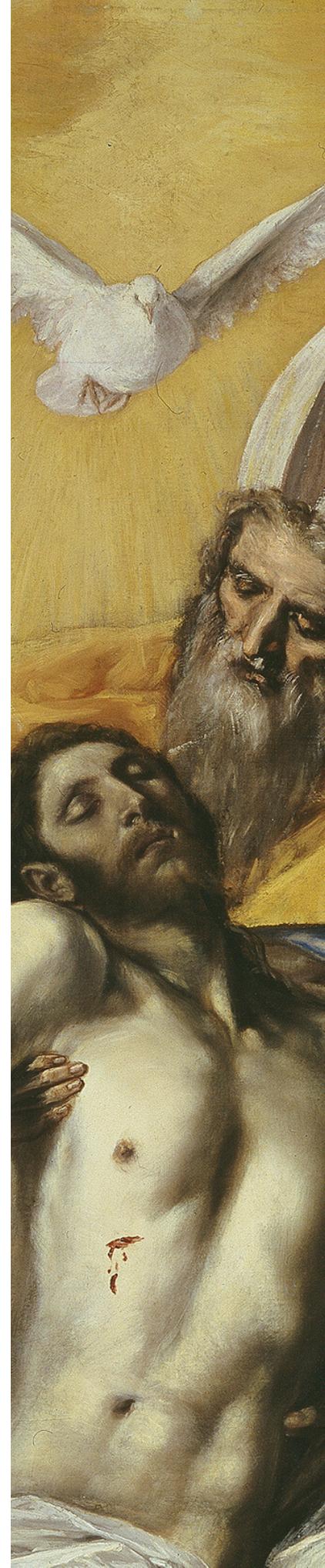
Podemos ver tres momentos en este anuncio. El amor de Dios al mundo que nos **“da”**, **“regala”** a su Hijo único (v.16); es un amor que es oferta de salvación y no de condenación (v. 17); y es también juicio que nos invita a creer en él (v. 18). Estas palabras que se inspiran en la experiencia de Abraham cuando ofreció a Dios a su hijo único (Gen 22,2.8), nos presentan a Jesús como **“don del Padre”** para la humanidad, que de este modo no queda abandonada al pecado y la muerte, sino que es amada para que alcance la vida eterna. Es la iniciativa misteriosa del amor de Dios para el mundo, que *“no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó por nosotros”*; amor del que nada ni nadie podrá separarnos (Cf. Rom 8,31-39).

En el mundo reina el mal, el egoísmo, la maldad y Dios podría venir a juzgar este mundo, para destruir el mal, para castigar a aquellos que obran en las tinieblas. En cambio, muestra que ama al mundo, que ama al hombre, no obstante su pecado, y envía lo más valioso que tiene: su Hijo único. Jesús, que nació por nosotros, que vivió con nosotros, que curó a los enfermos y que perdonó los pecados y acogió a todos. Él mismo dio su vida por nosotros, y el Padre mostró su amor misericordioso dándonos, entregándonos a su Hijo. Así en la cruz están presentes el **amor del Padre que dona a su Hijo; el Hijo que cumple su voluntad** siendo obediente; y el **Espíritu Santo**, donado por Jesús en su muerte, **que viene a hacernos partícipes de la vida divina**. Es el misterio insondable de amor de la Trinidad que se derrama en nosotros mediante el Bautismo.

Este amor que nace del corazón de Dios no es para condenar al mundo, sino para iluminarlo. *“Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”*. **Este amor no se impone, sino que se propone**. Se ofrece en la gratuidad y oferta libre de amor, como regalo a la libertad del hombre. Podemos acogerlo o rechazarlo. *“El que cree en él no es juzgado”*, sino que entra ya al camino del amor y de la vida eterna. Pero *“el que no cree ya está juzgado”*, porque no acepta la propuesta del amor gratuito y él mismo se juzga. Es el propio hombre a través de una actitud de acogida o de rechazo de Jesús el que se adentra a dejarse a amar o no. Dios, por su parte, nunca quiere condenar, sino salvar. La oferta siempre está abierta.

Hoy necesitamos una experiencia viva de asombro ante el Amor de Dios

Hay una frase muy célebre que dice que “este mundo ha perdido la conciencia de pecado” (Pío XII), y por eso se ha alejado de Dios. En parte es verdad. Pero, ¿qué se ha perdido más, la conciencia de pecado, o la experiencia de ser amado por Dios? Sin dudarlo: ¡La experiencia del amor de Dios! Esta experiencia, en gran parte, está perdida en el corazón del hombre de hoy. Y la añora profundamente en su interior. Todos estamos **“heridos del amor de Dios”** (San Juan de la Cruz) y toda nuestra vida es **“salir clamando tras él”**, buscarle a él, encontrarle a él, para ser sanados y curados en lo más profundo de nuestro ser, sintiendo que alguien nos ama y ha dado la vida por cada uno de nosotros. Ni el mundo ni la humanidad necesitan, y en esta época menos que nunca, la severidad, el juicio y el echarle en cara su pecado, sino **“la medicina de la misericordia”** (Juan XXIII) que muestre e inicie al amor de Dios (San Juan de Ávila), como hizo el Concilio Vaticano II que miró al hombre y al mundo “con un inmenso amor y simpatía” (Pablo VI).





La Iglesia se encuentra hoy ante el **desafío de suscitar, engendrar la fe**, sobre todo, en las generaciones más jóvenes. Y esto hemos de suscitarlo por un “...nuevo asombro de fe frente al amor del Padre, que ha entregado a su Hijo, *‘para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna’* (Jn 3,16)” (Juan Pablo II, *Tertio Millennio Adveniente*, 32). Hoy hemos de **“suplicar la fe”**, que viene por este **“asombro de amor”** ante Alguien que nos ama, aunque no le correspondamos, y se ha entregado por nosotros. Es necesario procurar en el corazón humano **“experiencias vivas”** del amor de Dios que nos perdona, nos conduce, nos consuela y nos sana. “Un Dios que es Padre, más aun, es madre” (Juan Pablo I).

Nos dice el Papa Francisco, que la fe y la experiencia viva del amor de Dios no se logra por la “transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intentan imponer a fuerza de insistencia”, sino por **vivir y gustar el “corazón del evangelio”**..., es decir, “la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado” (EvGa 35-36). Y esto “no se logra por una idea, una decisión ética, sino por un **encuentro con una Persona**” (Benedicto XVI) **que es Jesús**. Hemos de recuperar este “olor a evangelio” (EvGa 39) para que todos, en la Iglesia y el mundo de hoy, tengamos experiencia de este amor desmedido del que nos habla el evangelio de hoy.

2. MEDITACIÓN. ¿Qué me dice a mí el texto de la Palabra de Dios?

- Vuelvo a leer despacio la Palabra de Dios y me detengo en aquello que más me llama la atención.
- Doy vueltas a una o dos ideas que más han llegado a mi corazón. Medito, “comulgo” y guardo la Palabra.
- Lo hago con sencillez, dejándome llevar de la Palabra que hemos proclamado y leído.

“María, a los pies del Señor, escuchaba su Palabra”

Lc 10,39





3. ORACIÓN. ¿Qué le digo al Padre a partir del texto proclamado?

“Orad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y tocad con toda el alma para el Señor. Dad siempre gracias a Dios Padre por todo, en nombre de nuestro Señor Jesucristo”. (Ef 5, 19)

Ora ante el Señor con la alabanza, petición, súplica y acción de gracias que la Palabra de Dios de hoy te ha inspirado. Con humildad puedes decirle estas palabras del Salmo, himnos y canticos que ofrecemos, u otras parecidas:

◦ **Salmo responsorial. Dan. 3,52-56**

R/ A ti la gloria y la alabanza por los siglos.

Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres,
a ti gloria y alabanza por los siglos.
Bendito tu nombre santo y glorioso;
a él la gloria y alabanza por los siglos. R/

Bendito eres en el templo de tu santa gloria.
Bendito eres sobre el trono de tu reino.
Bendito eres tú, que, sentado sobre querubines, sondeas los abismos.
Bendito eres en la bóveda del cielo. R/

◦ **Canción: ALABARÉ**

Alabaré, alabaré, alabaré, alabaré
Alabaré a mi Señor
Alabaré, alabaré, alabaré, alabaré
Alabaré a mi Señor

Juan vio el número de los redimidos
Y todos alababan al Señor
Unos cantaban, otros oraban
Y todos alababan al Señor

Todos unidos, alegres cantamos
Glorias y alabanzas al Señor
Gloria al Padre, gloria al Hijo
Y gloria al Espíritu de amor

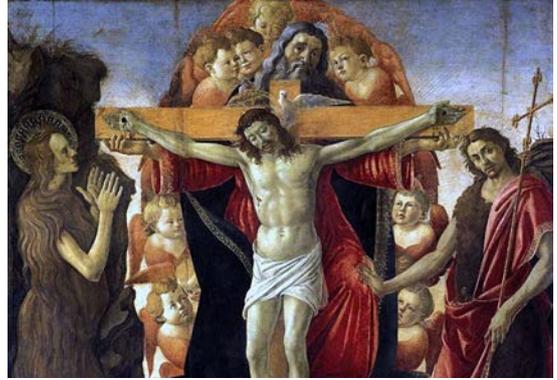
Alabaré, alabaré, alabaré, alabaré
Alabaré a mi Señor
Alabaré, alabaré, alabaré, alabaré
Alabaré a mi Señor

◦ **Himno. LITURGIA DE LAS HORAS**

¡Dios mío, Trinidad a quien adoro!,
La Iglesia nos sumerge en tu misterio;
te confesamos y te bendecimos,
Señor Dios nuestro.

Como un río en el mar de tu grandeza,
el tiempo desemboca en hoy eterno,
lo pequeño se anega en lo infinito,
Señor, Dios nuestro.

Oh, Palabra del Padre, te escuchamos;
oh, Padre, mira el rostro de tu Verbo;
oh, Espíritu de amor, ven a nosotros;
Señor, Dios nuestro.



¡Dios mío, Trinidad a quien adoro!,
haced de nuestros almas vuestro cielo,
llevadnos al hogar donde tú habitas,
Señor, Dios nuestro.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu:
Fuente de gozo pleno y verdadero,
al Creador del cielo y de la tierra,
Señor, Dios nuestro. *Amén.*



- Podemos orar en silencio con esta canción: "La Fuente que mana y corre"
<https://youtu.be/-JFr5Bq3fOc>

4. CONTEMPLACIÓN: Me dejo mirar y miro

“La oración contemplativa es la oración del hijo de Dios, del pecador perdonado que consiente en acoger el amor con el que es amado y que quiere responder a él amando más todavía (cf Lc 7, 36-50; 19, 1-10). Pero sabe que su amor, a su vez, es el que el **Espíritu** derrama en su corazón, porque todo es gracia por parte de Dios. La contemplación es la entrega humilde y pobre a la voluntad amorosa del **Padre**, en unión cada vez más profunda con su **Hijo** amado”.

(Catecismo de la Iglesia Católica 2712)



**«Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro»**

- Con sencillez me pongo delante del Señor y me dejo mirar por Él. Su mirada es de amor, ternura, compasión, paz...
- También con sencillez le miro y descubro su presencia en mi vida, en mi corazón...



5. COMPROMISO. ¿Qué alienta en mí la Palabra de Dios?

“Lo sembrado en terreno pedregoso significa el que escucha la palabra y la acepta enseguida con alegría; pero no tiene raíces, es inconstante, y en cuanto viene una dificultad o persecución por la palabra, enseguida sucumbe. Lo sembrado entre abrojos significa el que escucha la palabra; pero los afanes de la vida y la seducción de las riquezas ahogan la palabra y se queda estéril. Lo sembrado en tierra buena significa el que escucha la palabra y la entiende; ese da fruto y produce ciento o sesenta o treinta por uno”.

(Mt 13, 20-23)

Lo hacemos en un doble momento:

- **Primero: ¡ACÓGEME!**
Me paso a las manos de Jesús

“Aquí estoy”.

“Transfórmame”.

“Hágase tu voluntad”.

“Hazme de nuevo”.

- **Segundo: ¡ENVÍAME!**
Me paso al camino de Jesús

“Iré donde mis hermanos”.

“¿Qué quieres que haga?”.

“¿Qué paso nuevo me pides en mi vida?”.

“¿Dónde me envías?”.

“¿Dónde me necesitas?”

ORACIÓN PARA FINALIZAR (ORACIÓN COLECTA.

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD)

Dios, Padre todopoderoso, que has enviado al mundo la Palabra de la verdad y el Espíritu de la santificación para revelar a los hombres tu admirable misterio; concédenos profesar la fe verdadera, conocer la gloria de la eterna Trinidad y adorar su unidad todopoderosa.

Por nuestro Señor Jesucristo.

Amén.



«Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito,
para que todo el que cree en él no perezca,
sino que tenga vida eterna»

Jn 3, 16